

Sagrado Corazón de Jesús (B)

Lectura de la profecía de Oseas (11,1b.3-4.8c-9):

Así dice el Señor: «Cuando Israel era joven, lo amé, desde Egipto llamé a mi hijo. Yo enseñé a andar a Efraín lo alzaba en brazos; y él comprendía que yo lo curaba. Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta el yugo de la cerviz, me inclinaba y le daba de comer. Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín; que soy Dios, y no hombre; santo en medio de ti, y no enemigo a la puerta.»

Salmo Is 12,2-3.4bcd.5-6 R/. *Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación*

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (3,8-12.14-19):

A mí, el más insignificante de todos los santos, se me ha dado esta gracia: anunciar a los gentiles la riqueza insondable que es Cristo, y aclarar a todos la realización del misterio, escondido desde el principio de los siglos en Dios, creador de todo. Así, mediante la Iglesia, los Principados y Potestades en los cielos conocen ahora la multiforme sabiduría de Dios, según el designio eterno, realizado en Cristo Jesús, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios, por la fe en él. Por esta razón, doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, pidiéndole que, de los tesoros de su gloria, os conceda por medio de su Espíritu robusteceros en lo profundo de vuestro ser, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; y así, con todos los santos, lograréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo lo que trasciende toda filosofía: el amor cristiano. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios.

Lectura del santo evangelio según san Juan (19,31-37):

En aquel tiempo, los judíos, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron.»

El corazón roto de Dios

El corazón no es cosa de sensiblería, aunque sí incluya el sentimiento. La sensiblería es el estremecimiento superficial y pasajero que no mueve la voluntad ni lleva a la acción. El sentimiento que brota de un corazón que ama toca la voluntad y moviliza para realizar acciones en favor del amado.

No es posible no sentir una honda conmoción al leer las palabras que Dios pronuncia por boca del profeta Oseas. No es solo la profunda ternura que un padre o una madre sienten ante su hijo pequeño. Se expresan aquí también las hieles de un amor no correspondido, a pesar de los múltiples beneficios que ha recibido este hijo querido, pero que se ha mostrado rebelde e infiel. El verdadero amor se pone a prueba en la dificultad, en la crisis, en el conflicto. Ante la infidelidad del amado no es fácil permanecer fiel. Pero es precisamente lo que nos enseña Dios: el amor que siente por su pequeño Efraín es más fuerte que todas las infidelidades que este ha cometido. Impresiona en verdad comprobar que a Dios se le revuelve el corazón y se le conmueven las entrañas por ese amor sufrido y extremo, que le lleva no sólo a no castigar, sino también a seguir amando.

El corazón se revuelve por el dolor, y a veces llega a romperse. Se nos rompe el corazón por la desgracia ajena, y tanto más si afecta a nuestros seres queridos. Se nos rompe el corazón también ante el espectáculo del mal extremo. Pero si el corazón se rompe es porque siente, porque ama incondicionalmente. Este es el corazón de Jesús, entregado hasta el extremo y roto atravesado por la lanza, por la maldad humana, la nuestra. Ante ella, Dios, como ya decía por medio de Oseas, renuncia al castigo y a la venganza, y responde al mal con el bien.

El corazón roto de Jesús no solo ha sentido, sino que, si está atravesado, es porque ha pasado a la acción, se ha dado totalmente.

Su corazón roto y abierto nos da acceso libre a Dios (en Jesús, Dios nos abre su corazón), nos libera, como liberó a Israel de la esclavitud de Egipto, de la esclavitud radical del pecado y de la muerte, para hacernos partícipes, si queremos, de la plenitud de Dios, de la plenitud del amor.